

RESEÑAS

ALTAMIRANO, Carlos. *Intelectuales. Notas de Investigación*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2006, 139 p. ISBN: 958-048667-0.

En este pequeño libro de 139 páginas, Carlos Altamirano se ha planteado como tarea central indicar cuáles son los criterios más productivos para contextualizar y dar un correcto tratamiento histórico al tema *Intelectuales*. Sin olvidar la dificultad que conlleva –incluso para los propios intelectuales– complejizar sobre una categoría de análisis tan difusa, el autor se aboca a lo largo de su trabajo a caracterizar conceptualmente dicha figura, fundamentalmente, a través de la perspectiva y los recursos que han aportado la historia de las ideas, la historia social y la sociología de las élites culturales.

Con un lenguaje ameno pero preciso, el autor ha estructurado su trabajo en seis partes o capítulos, todos ellos destinados a evocar brevemente las diferentes acepciones que ha adquirido el concepto *Intelectuales*, así como también las diversas interpretaciones de las que ha sido objeto. En su primera parte –titulada “Peripecias y nacimiento de un nombre”–, el texto proporciona un acercamiento a la genealogía del término, donde se observa rápidamente que no existe un significado unívoco del mismo. Al contrario, vemos que hasta aquí la comprensión de lo *qué es* y lo *qué hace* un intelectual ha sido una materia ambigua, polémica y de límites polivalentes. Con el afán de desentrañar significados, el autor recorre desde las definiciones vertidas por el *Primer diccionario etimológico de la lengua*, hasta los sentidos otorgados por autores tales como Raymond Williams, Stefan Collini, Tomas William Heyck, entre otros.

En la segunda parte y guiado por el interrogante: ¿qué debe ser el intelectual?, Altamirano recupera la llamada “Tradición normativa”, a partir de la cual explora las representaciones de la función social del intelectual. Para ello retoma algunos aspectos de las investigaciones de Jochan Fichte y Eduard Said, y se refiere a autores paradigmáticos en este campo como Julien Benda y Jean Paul Sartre, entre otros. En este apartado no sólo se destaca el peso y la influencia de la dimensión moral y las pasiones políticas de los intelectuales, sino también su actuación en el ámbito público y la tensión que supuso su inclinación crítica.

En tercer lugar nos encontramos con “A la luz del marxismo”, un capítulo dedicado íntegramente a repasar las especulaciones más significativas del marxismo en torno a la figura del *Intelectual*. Aquí nos encontramos con una escrupulosa lectura de los teóricos más destacados en el tema, especialmente Karl Kautsky y Antonio Gramsci (pasando antes por el propio Marx), hasta especialistas como Alvin Gouldner y Andrzej Walicki, entre otros. Este apartado, como el resto de los que conforman el libro, nos ofrece un análisis comparativo de las corrientes de pensamiento, análisis y discusión más importantes.

“Perspectivas sociológicas” es el título de la cuarta parte. Este capítulo está destinado no sólo a discernir qué son los intelectuales sino también a determinar cuál ha sido su papel en la vida social, en tanto objeto de reflexión desde que el pensamiento alemán lo inscribiera en el temario de una sociología de la cultura en las primeras décadas del siglo XX. En este caso, Altamirano ha dado especial importancia a los aportes realizados por Karl Mannheim, Edward Shils y Pierre

Bourdieu, en un diáfano esfuerzo por conectar sus legados y destacar las correcciones conceptuales que han ofrecido a este sector del conocimiento social.

En su quinto capítulo –titulado “Una especie moderna”–, el texto se centra en los trabajos de Zigmunt Bauman, Jacques Le Goff y Jack Goody, entre otros. Allí intenta identificar algunos matices específicos en la evolución histórica de la tarea profesional de los intelectuales. Con este fin, el autor realiza una apretada síntesis del desarrollo de dicha actividad, comenta desde las características de los clérigos medievales, hasta el devenir, por ejemplo, de profesiones modernas que operan con mensajes y discursos ideológicos, como es el caso de periodistas, profesores, etcétera.

“Contextos”, corresponde a la última parte del libro, un capítulo que sitúa la actividad de los intelectuales en conexión con ciertas tramas de orden general, como los que establece el Estado y el mercado, que si bien no son entidades distintivas de la vida cultural como tal, operan sobre ella y la afectan de manera específica. Otros, en cambio, son espacios institucionales propios de la *intelligentsia*, como la universidad, cuyo nacimiento suele asociarse con el surgimiento mismo de los intelectuales.

Podemos decir que, a modo de cierre, Altamirano concluye que la historia de la *intelligentsia* es en gran medida una historia de comunidades creadas por los propios intelectuales. Se trataría de ambientes -lo que el autor denomina “sociedades de ideas”-, que surgen históricamente y no permanecen fijos. Allí precisamente se formarían las tradiciones intelectuales, unas tradiciones (aclara) que si bien evocan la idea de permanencia y continuidad, ninguna dura como construcción inerte, pues cada obra nueva la altera y la reajusta, al mismo tiempo que resulta orientada por ella.

Dr. Pablo Ponza
Universidad de Barcelona
pabloponza@yahoo.es